

Divinogramas

CARAS Y

CARETAS

por Ramón Gómez de la Serna

Especial para "Caras y Caretas"



MI último descubrimiento es que el rayo además de un fenómeno eléctrico es una especie de misiva o telegrama de Dios, es decir, un "divinograma".

El rayo quiere decir algo, es indudablemente la cifración divina de un mandato, de un pensamiento, de un recado urgente.

Desde hace tiempo vengo estudiando el caso y buscando la clave. Así como los astrónomos aprovechan los eclipses, yo aprovecho las tormentas y comienzo a tomar apuntes urgentes como taquígrafo de la tormenta, a veces a dos y tres relámpagos al segundo, es decir, algo que merecería un premio extraordinario de esos que se llevan los taquígrafos sino por menos arte, sí por menos sublimidad.

Tengo una colección de esfinogramas de las tormentas, que espanta. Si me traslado muy a menudo a ese rincón de la costa en que he levantado mi observatorio sólo con el secreto objeto de encontrar la clave de los divinogramas,

es porque abundan mucho las tormentas más aparatosas, de esas tormentas que imitan a los grandes fuegos artificiales y que convierten el cielo en una pecera de aquellas que, conteniendo las sanguijuelas decoraban los escaparates de los barberos, una gran pecera de sanguijuelas lumínicas.

Escritura imperiosa la escritura de los rayos, tiene algo de ininteligible firma del emperador obligado a que pasen por su mano y él los rubrique, infinidad de documentos, órdenes, permisos, etc., etc.

El día de mañana, cuando mi descubrimiento llegue a ser un descubrimiento práctico, se implantarán una especie de faros que serán como estafetas "divino-postales" en espera del rasguño celeste. En concilio íntimo, unos especiales sacerdotes telegrafistas se encargarán de interpretar cada "divinograma", de acuerdo con la clave oficiosa que alguna vez se descubrirá. Por ahora que circule la nueva noticia como gran posibilidad comunicante.

Toscamente he podido sorprender el significado de algunos garrapatos de la tormenta, ese Morse de la divina Providencia. Muchas veces es sólo una palabra la que aparece en el papel



azul obscuro o gris de los cielos: "Voy". Otras es sólo una rúbrica alrededor de un "yo" inmenso, otras es un "muy mal", escrito con letra puntiaguda, la única letra que tiene parentesco con la única clase de letra, por decirlo así, "divina" que se conoce, la letra que enseñan en algunos conventos distinguidos, siempre de ángulos pronunciados y relampagueantes.

Siguiendo los cálculos de mi interpretación más libre, muchas veces parece desprenderse del contexto del despacho celeste un vivo: "insisto en lo dicho" o algún muy largo: "vete pensando en lo que te espera".

Generalmente, como la tarifa de los divinogramas admite sólo cierta extensión de palabras — no existe la conferencia, que haría resplandecer

un cuarto de hora al cielo y descubriría todos los baúles y trastos viejos que se amontonan en los desvanes intermedios — son pocas palabras las que se manifiestan en los despachos, estando redactado todo sintéticamente como los telegramas de felicitación o pésame.

Muchas veces los divinogramas están dirigidos a los poetas. Víctor Hugo, que edificó sobre la montaña de su paraje de desterrado un torreón de cristal para ver bajo un fanal aislador la fuerza de las tormentas, debió recibir muchas veces "divinogramas" con la conminación de sus poesías, verdaderas infundiciones de inspiración, temas poéticos por excelencia, semillas de sonetos inmortales. Los poetas adelantándose siempre a la ciencia han interpretado con sagacidad esto que yo descubro ahora y a lo que observaciones ulteriores y metódicas acabarán de dar el carácter fijo de hecho científico. Ellos sirviendo del largo escalofrío espiritual que produce el relámpago, incubaron en sus espíritus el significado verdadero de él, su letra transcribible.

En fin, como epílogo a mi estudio comparado de los relámpagos diré que ese último relámpago que aun comunica con nosotros cuando ya estaba finada la tormenta es un "divinograma" diferido y ese conato de relámpago que es el verdadero punto final de la tormenta, es el que la firma y la legitima como a sus cuadros la del pintor, como el Greco, por ejemplo, a sus cuadros nublados y tempestuosos.

